

HISTORIA Y NOVELA

Con relativa frecuencia recibo de la Argentina, así como de otras naciones americanas, libros de historia y junto á ellos son pocas, muy pocas, poquísimas, las novelas que recibo. Y además, aquellos, los libros históricos, suelen ser, por lo general, muy superiores á los novelescos.

Esto podría darme ocasión para desarrollar una idea que desde hace algún tiempo se va arraigando cada vez más en mi espíritu, y es idea referente á la forma de imaginación más propia hasta hoy de los ingenios americanos, según en la literatura se revela

Me parece que á este respecto domina la misma preocupación que respecto á la imaginación de los andaluces. Y es que llamamos imaginación, más bien que á la facultad de «crear» imágenes, de hallar imágenes nuevas, á la facilidad de traer prontamente á expresión y de cambiar de diversos modos las imágenes hechas, sacadas del común y tradicional acervo. De la selva ya ingente de la poesía hispanoamericana, son muy pocas las imágenes realmente nuevas que se pueden sacar. Sus

novedades suelen ser meras novedades de técnica, de artificio. La imitación, más ó menos disfrazada, reina allí en soberano.

En tesis general, prefiero los trabajos de los americanos cuando versan sobre materia dada, sobre fondo objetivo, que cuando se ejercen buscando ese fondo, y creo que hay más aptitud para la investigación científica que para la imaginación poética, juicio que ha de parecer, estoy seguro de ello, paradójico. De la literatura americana — en lengua española, se entiende, — prefiero las obras de historia, de política, de jurisprudencia, hasta de ciencia, á las obras de pura y vaga amena literatura.

Este es un punto que he de tratar algún día con extensión y con ejemplos, mostrando cómo cuando algún poeta americano se ha metido á historiar ha ganado.

Hay dos libros argentinos, famosos ya, y típicos: el uno es una historia anovelada y el otro una novela histórica. Claro está que me refiero al «Facundo», de Sarmiento, y la «Amalia», de Mármol. En el primero halló ancho campo el genio de Sarmiento, ejerciendo su imaginación, con más ó menos realidad, sobre hechos históricos comprobables, y en la «Amalia», es indudable que lo más flojo es lo puramente novelesco y lo de más valor el cuadro histórico.

Imaginar lo que sucedió realmente exige mayor contracción de espíritu que inventar sucesos fantásticos, y en rigor las novelas que perduran son las que de un modo ó de otro tienen un fondo his-

tórico ó autobiográfico. Esto cuando la novela no es más que un mero pretexto para disertaciones filosóficas, sociológicas ó morales.

Hay novelas, en efecto, en que la novela misma, el cuento, lo que se llama el argumento, es lo de menos, y lo demás son sus disertaciones. Y hay, en cambio, lo que se ha llamado la novela novelesca, la novela por la novela misma, el cuento por el cuento, como los de las «Mil y una noches». Estas son las populares, pero, por lo general, no entran en el dominio de la elevada literatura.

Se ha podido observar que la novela y la historia tienden á aproximarse la una á la otra, es decir, que á medida que la novela se hace más documentada, más histórica, va haciéndose la historia más imaginada, más reconstructiva, más novelesca. Y así se llega á que una historia tenga tanto ó más atractivo que una novela.

La «Historia del pueblo inglés», de Green; la «Historia de la revolución francesa», de Carlyle; la de la decadencia y caída de Roma, de Gibbon; la de Inglaterra, de Macaulay, — para no atenerme sino á la literatura inglesa, que estimo la literatura modelo, — son libros tan amenos como las novelas históricas de Walter Scott, y tan imaginativos como ellas. Y lo mismo puede decirse de Michelet, Taine, Boissier, etc., comparados con Zola, Daudet ó los Goncourt. He encontrado, no diré más instrucción tan sólo, sino más deleite y amabilidad en los trabajos históricos de Gastón Boissier, que en cualquier novela francesa, sobre todo si se trata de esas noveluchas á la moda del bule-

var con su salsa de voluptuosidades artificiosas. Y en la literatura portuguesa, ¿hay acaso novela de Eça de Queiroz que nos despierte más interés y más profundo que la maravillosa «Historia de Portugal», de Oliveira Martins?

Claro está que á este efecto contribuye mucho la idea de que estamos leyendo algo que pasó real y verdaderamente, que aquellos sujetos cuyos dichos y hechos se nos narran, existieron de carne y hueso y dijeron é hicieron lo que de ellos se nos cuenta.

Se ha dicho que el gusto por la historia es un gusto tardío y que no se desarrolla sino con la madurez del espíritu. Los jóvenes prefieren la novela, las personas maduras se deleitan más con la historia. Yo de mí sé decir que en mis mocedades gustaba muy poco de leer historias,—cierto es que las más de cuantas en mis manos cayeron eran detestables—pero hoy cada vez me cuesta más leer novelas, que me hastían pronto, y encuentro más gusto en las historias. Estoy leyendo el «Port-Royal», de Sainte-Beuve, y os aseguro que no sería capaz de leer una cualquiera de las novelas de Zola que no haya leído.

La novela es un género moderno, se ha dicho, y la historia un género antiguo, clásico. En realidad, la novela es un género pasajero, y la historia permanente. La novela, en efecto, apenas tuvo sino indecisos ensayos en la antigüedad; la epopeya le sustituía. Junto á los nombres de Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Tito Livio, Tácito, no pueden ponerse nombres de novelistas que les igualen.

No trato de hacer un ensayo sobre el origen y las vicisitudes de la novela, ¡Dios me libre de ello!, sino de indicar que acaso el papel más hondo que á la novela ha cabido en el proceso literario, ha sido el de impulsar el género histórico hacia una forma más imaginativa.

Dejo á salvo, claro está, aquellas novelas en que el cuento es soporte de pensamientos más hondos, como sucede en el «Quijote». ¿Quién que lea esta obra inmortal con admiración y fervor crecientes, puede soportar el «Persiles y Sigismunda» del mismo Cervantes, ejemplar típico de la novela novelesca?

El gusto por la novela novelesca me parece denunciar en un individuo ó en un pueblo cierto cansancio espiritual ó cierta endebles de espíritu. No puede esperarse gran cosa de los que se deleitan leyendo á A. Dumas, padre, ó á Pérez Escrich, si bien haya diferencia grande de uno á otro, que no lo sé, pues apenas los conozco. Aborrezco las novelas de folletín, y una de mis jactancias es no haber leído el «Rocambole».

Claro está que tampoco puedo resistir esos libros de historia, que no son sino comentarios de hombres y de sucesos, en que todo puede ser muy exacto, muy bien comparado, muy circunstanciado, pero donde no hay ni poesía ni filosofía. En mi vida he podido leer la «Historia contemporánea de España», de Pirala, ó la de Chile, de Barros Arana. Podrán ser buenas canteras, pero no son edificios.

Creo poco ó nada en la historia como ciencia y

no andaría lejos de Schopenhauer que estimaba que quien ha leído á Heródoto no necesita leer más historia, si no creyese que hay algo más que la ciencia propiamente dicha y que acaso es la historia la más honda, más intensa y más dramática poesía.

Es indudable que un libro de historia puede no contener ni un solo dato falso, ni una referencia equivocada, y ser, sin embargo, una pura mentira en su conjunto y que, por el contrario, puede darnos un fiel reflejo de la verdad y estar plagado de inexactitudes. Lo cual no es defender éstas.

En esta especie de preferencia que los escritores americanos parecen mostrar á la historia respecto á la novela,—aunque el público prefiera ésta á quélla—ha de entrar, además de una tendencia específica de su clase de imaginación, el deseo de tener historia que domina á los pueblos jóvenes. Aquí, donde el peso de la historia llega á abrumarnos y donde los recuerdos son más que las esperanzas y más fuertes, descuidamos la memoria de no pocos de nuestros héroes y, en cambio, en esa Argentina, que como nación independiente no cuenta un siglo de existencia, se exaltan figuras hasta de segundo orden, se ponen de relieve los méritos de los más modestos luchadores por la patria y se escudriñan sus menores actos. Lo cual, sin duda, es laudabilísimo.

Ahí se nota sed de historia, sed de glorias históricas, anhelo de héroes, por lo menos en los que tienen una noble y fecunda noción de la patria. Se nos repite todos los días que son los pueblos

del mañana, del porvenir, los pueblos sin peso de tradiciones; pero es el caso que en pocas partes se escudriñan con más afán el pasado, el ayer, y se escarba más en los recuerdos. Más que un sano instinto, una clara visión de lo que es la vida de una nación, advierte á los directores espirituales de esos pueblos jóvenes,—á los que son algo más que puros políticos—que necesitan extraer de una tradición nacional, más ó menos larga y más ó menos formada, un ideal colectivo. Una nación subsiste como tal nación cuando se forma un concepto de su papel en el mundo. Un hecho espiritual del orden de la cultura, como la doctrina Drago, verbi gracia, significa más para el afianzamiento de la Argentina, que una buena cosecha de trigo, piensen lo que pensaren los materialistas, que no ven el progreso de una nación más que en sus adelantos materiales.

Carlyle decía que Inglaterra debe dejar perder antes el imperio de la India, que á Shakespeare—bien que éste es imperdible y tal es el privilegio de las cosas del espíritu,—y yo, parafraseándolo, he dicho que el «Quijote» le ha valido á España más que la hoy perdida por ella isla de Cuba. Y ahora os digo: á la Argentina le ha valido más el «loco» Sarmiento que unas leguas cuadradas más en la Patagonia. Es más fácil conseguir con espíritu tierra que no con tierra espíritu.

Estos principios son los que incuba en el alma de los pueblos la historia enseñada con alma y con imaginación.

La influencia de las lecturas históricas en la for-

mación de los caracteres es grandísima. ¿Quién que haya leído la historia de la revolución francesa no ha visto la enorme influencia en ella del recuerdo de la historia romana? Y en los movimientos revolucionarios actuales, ¿qué grande es la influencia de la historia de la revolución francesa!

También las novelas influyen, sin duda, pero por lo común, más que impulsando á la acción y á la vida pública disuadiendo de ella. Así como en el joven, que se lanza á la vida pública, que anhela hacer algo por su patria, que sueña en aumentarle la gloria, veréis á menudo un fanatizado por la historia, así en el joven misántropo, despreciador de los hombres, predicador de la vanidad de vanidades y de la inutilidad de todo esfuerzo, encontraréis con frecuencia al devorador de novelas.

Me parece que, por regla general, las novelas nos llevan á la vaga é inactiva soñación, á la indeterminación de propósitos, á la misantropía, y las historias á la acción viril.

Estimo que el más grave cargo que habrá de hacerse algún día á esa literatura, llamada con más ó menos propiedad modernista ó decadente, que ha soplado como un vendaval devastador sobre los espíritus en América, será su neutralidad frente á la patria, su poco ó ningún calor patriótico, su ignorancia de la historia, su vaciedad liriconovelesca. Afortunadamente, parece que eso está pasando ó ha pasado ya. Y cuando se hayan hundido en merecido olvido todas esas paganerías de tercera mano, todas esas superficialidades ver-

sallescas, todo ese gorjeo de canario enjaulado, volverá á levantarse ahí la voz noble y severa de un Olegario Andrade, cantando á la patria recién nacida.

Y basta por hoy, que el tema es vastísimo y me brotan nuevos aspectos bajo la pluma.

LITERATURA Y LITERATOS

Alguien me escribe desde esa América de mis cuidados llamándome la atención sobre el hecho de que, habiéndome yo dedicado al cultivo de las letras y escribiendo mis periódicas correspondencias á *La Nación* desde España, rara, rarísima vez, ó por mejor decir, nunca, me haya ocupado en ellas del movimiento literario contemporáneo español. Y hay en la carta de ese alguien tales y tan solapadas malicias, que he llegado á sospechar si le habrá dirigido la pluma desde aquí y como por una especie de sugestión telepática alguno de nuestros literatos más ó menos jóvenes. (Y aquí debo advertir, entre paréntesis, que esto de la juventud es entre los literatos, por lo menos en España, una profesión. Dicen «nosotros, los jóvenes», como podrían decir: nosotros, los abogados ó los sastres).

Lo que parece darle más que pensar á mi malicioso corresponsal espontáneo es que habiendo citado yo más de una vez á escritores americanos, parezca poner un especial cuidado en no apoyar mis aseveraciones con la corroboración de escrito-

res españoles de hoy en día y que no cite á éstos ni para rebatirlos. La cosa tiene, sin embargo, una explicación naturalísima, aunque no habrá de creérmela, estoy de ello seguro, el curioso denunciador. Y la explicación es que no leo á mis compañeros los escritores contemporáneos españoles. Y no los leo porque estoy escarmentado de que me digan lo que ya me sé.

Hace aquí estragos, mi insidioso monitor, una plaga terrible, cual es la del literatismo. Nuestros literatos no son, por lo común, nada más que literatos y en el peor sentido en que este término pueda usarse. Son gentes del oficio, despreocupadas de todo lo más hondamente humano y lo más universal y sólo atentas á cosas del oficio. Y el oficio de literato, como tal oficio, me parece una cosa muy poco digna de aprecio.

Se pasan la vida estos señores menospreciando la política y la ciencia y la industria y la religión y creyéndose, ó por lo menos fingiendo creer, que lo único importante en este mundo es la producción de la belleza. Es decir, de lo que ellos llaman belleza. Tienden á constituir casta.

¿No ha conocido acaso mi insidioso consejero á alguno de esos «orfebres» encerrado en su torre de marfil cincelando cualquier chuchería literaria? Pues si lo ha conocido habrá visto que no hay nada más ridículamente vanidoso que los tales orfebres.

Estos señoritos han dado á la palabra estilo una significación completamente arbitraria y en el fondo inhumana. Para ellos es estilo una cierta

quisicosa puramente formal y técnica que se trabaja á fuerza de escoplo, legra, papel de lija y barniz. Y resulta que con todas sus recetas no llegan á tener estilo y que le tiene, y muy brioso y muy propio, aquel otro hombre, no literato tan sólo, que jamás se cuidó de que en un párrafo suyo hubiera ó no asonancias ni estuvo fraguando su decir en el molde de voluptuosidades acústicas. Y así — vuelvo á citar un americano y el más grande de ellos entre los que escribieron — Sarmiento que nunca se paró en tecniquerías, tiene estilo y no le tienen esos señoritos que se pasan la vida piropeándose los unos á los otros. Y Sarmiento le tuvo porque no se preocupó de tenerlo, ni fué un orfebre, sino un recio forjador que batió el hierro en caliente, sobre un yunque levantado en medio del campo, al aire abierto, y no en torre de marfil. Y, sobre todo, porque fué un hombre patriota, preocupado por problemas que importaban á su pueblo.

No está mal que un hombre-poeta, uno que canta íntimos y hondos sentimientos de su pueblo, cosas universales y eternas, exclame alguna vez: «¡Minora canamus!» «¡Cantemos cosas más pequeñas!» Pero aquí parece quiere convertirse en norma el «¡minima canamus!», ó, dicho de otro modo, el ¡viva la bagatela!

«¡Odi profanum vulgus!», «¡odio al vulgo profano!», dijo una vez Horacio; y Carducci, siglos más tarde, añadió: «¡Odio l'usata poesia!», aborrezco la poesía corriente y ordinaria. Y yo aborrezco, más que al vulgo profano, á los conven-

tículos y cotarrillos de literatos en que se discute, invariablemente, si este vale menos que el otro y si tal frase debió de decirse de esta ó de la otra manera, y odio más aún que la poesía corriente y ordinaria la literatura profesional.

He citado á Carducci. ¡Ese era un hombre! Un hombre de Italia, un italiano y en fuerza de ser italiano, un ciudadano del mundo todo. Su corazón latió con todas las grandes alegrías y las grandes penas de su pueblo, con todas las esperanzas de Italia. No fué un orfebre en torre de marfil ese robusto forjador de la italianidad eterna y universal. Tiempo hubo en que el decir «¡cives romanus sum!», «¡soy ciudadano romano!», equivalía á proclamarse hombre libre y dueño consciente de sí mismo, y Carducci pudo siempre decir que era el ciudadano de Italia.

Y antes que él, en su nobilísima patria alentó aquel otro hombre, todo fuego y luz, aquel gibelino de Florencia, que se llamó el Dante, tampoco un orfebre en torre de marfil, tampoco un estilista, él, el maestro de estilo, tampoco un literato.

¿Y cree mi insidioso consejero que esos jóvenes literatos á quienes no tomo en cuenta, se encienden el alma leyendo al Dante ó á Carducci? No, no les deja tiempo para ello el enterarse de la última preciosidad orfebresca del último literato bulevardero despreciador del vulgo profano.

Aquí, en España, hizo fortuna no hace muchos años una frase brutal atribuída á Ventura de la Vega, el argentino españolizado, de quien se dice

que á la hora de la muerte, reuniendo á sus hijos, les dijo que iba á descargarse de un peso que le había abrumado toda la vida, de un secreto hasta entonces inconfesado. Y añadió: «Hijos míos, me «carga» el Dante!» Sólo que en vez del verbo cargar—que aquí, en España, es tolerable en tal respecto—empleó otro mucho más enérgico, pero tan brutal que no puedo yo estamparlo aquí por ser uno de los que nunca se ven escritos aunque brote de las bocas con lamentable frecuencia. Y esa tremenda frase de Ventura de la Vega tuvo eco é hizo fortuna por responder á un deplorable estado de la conciencia nacional. Sí, á las gentes de letras en España, por lo común, les carga el Dante; el Dante y todos los que como él son altos y hondos les resultan unos «lateros».

Así son estos «scriptores minimi» que merecen todo el desdén con que el Dante y Carducci, dos grandes desdeñosos, perseguían á sus semejantes. ¿Quién no conoce las frases del soberano desdén del Dante hacia los que no toman parte en la contienda humana? y ¿quién que sea culto no conoce lo que Carducci escribió contra aquellos poetillos «tiscuzzi», esmirriados, que imitaban en sus bandolines los suspirillos germánicos de Heine, sin llegar á la grandeza de éste, como hace poco los cabelludos tabernarios acompañaban á la bandurria los suspirillos parisienses de Verlaine, sin lograr la triste sinceridad de éste?

¿Desdén? sí, ¡desdén! Toda pasión bien dirigida es fecunda. Iracundos fueron Moisés y Pablo de Tarso, el apóstol de los gentiles, y desdeñosos el

Dante y Carducci y el saboyano José de Maistre. ¿Y qué?

Desdén, sí, desdén y nada más me inspiran los más de esos pobres diablos que se proponen ser mínimos, lijeros, bagatelescos, estilistas ú orfebres. No resisto que se haga profesión de la superficialidad y hasta de la ignorancia.

De la ignorancia, sí, porque conozco más de uno de esos mocitos que hacen gala y alarde de no leer, dicen que para mejor conservar la originalidad, ignorando que uno es tanto más original y propio cuanto mejor enterado está de lo que han dicho los demás. Y así les resulta que por no querer dejarse influir de muchos imitan á uno y lo que es peor, no directamente, sino de tercera, cuarta ó quinta mano. Hay por ahí cada helenizante incapaz de entender cuatro palabras de griego!... Y cada neopagano que no tiene la menor noción clara de lo que el paganismo es. A alguno de esos les basta con lo que ha leído en Nietzsche.

Claro está que no todos son así, gracias á Dios. (Sí, gracias á Dios, aunque esto de Dios no se lleve ya mucho entre esta gente; pero ya volverá á estar de moda y aun empieza á estarlo de nuevo.) Y me parece que esa plaga va pasando, supongo que para dejar el campo á alguna otra.

No todos son así, no; y cuando se presenta en liza alguno que sea como Dios manda, soy el primero en darle la bienvenida así que le veo. ¡Lo malo es que son tan pocos, tan pocos!...

Ahora precisamente tenemos uno: Enrique Díez-

Canedo, que acaba de publicar un tomo de poesías «La visita del sol», que son muy otra cosa que orfebrerías trabajadas en frío en torre de marfil. He ahí un poeta, este Díez-Canedo, de pelo corto y de espíritu largo, como lo es, verbigracia, Eduardo Marquina, un joven cuyas «Elegías» son algo honrado, hondo, sincero y noble.

Díez-Canedo empieza por ser una buena persona. ¿Y eso qué tiene que ver?, exclamarán, de seguro, al leer esto algunos estetas. Pues bien; sí, tiene que ver y tiene que ver mucho. Si se penetra con ahínco y cuidado en la endebles de ciertas obras literarias, en lo que las hace poco duraderas y artificiosas y falsas, se verá que es el reflejo de una deficiencia moral del autor. No de una pasión, no, sino de un defecto moral. La ira, el desdén, la soberbia misma puede inspirar en ciertos casos grandes obras; pero el egoísmo voluptuoso, la cobardía moral, la vanidad, la envidia — aunque haya, quien como Carlos Reyles, trate de poetizar esta última plaga — no pueden producir nada grande.

Digo, pues, que Díez-Canedo, pongo por caso, es un alma limpia, honrada y noble, y por eso su poesía, la de «La visita del sol», es verdadera y duradera poesía. No huele ni á aceite ni á vino.

Ya ve mi insidioso corrector, cómo en cuanto encuentro ocasión de alabar alabo, sintiendo en el alma no encontrarla más á menudo. Pero ¡qué le voy á hacer!

Se nos ha dicho y repetido mucho, traduciéndolo del francés, que los españoles y americanos

propendemos á lo enfático y á lo improvisado ó «primesautier», y bajando la cabeza ante el espíritu de Boileau, que dígase lo que se quiera reina siempre en la literatura de nuestros vecinos, nos hemos puesto—es decir, se han puesto otros, que no yo — á querer evitar el énfasis natural y á raspar con legra el estilo. Y por huir del énfasis y de lo abrupto y de lo «primesautier», han dado en unas garambainas orfebrescas que no hay quien las resista. Es lo que tiene querer disciplinarse en una estética hecha para otros, que á ellos les está muy bien y á nosotros muy mal.

Y no se me venga con que también «ellos» abominan de Boileau, porque no es sino con la boca chiquita, como suele decirse. En el fondo de su corazón estiman y creen que Shakespeare es un bárbaro que ha dado la primera materia para que pueda un Racine ú otro análogo hacer dramas perfectos. Los demás pueblos producen primera materia literaria, y ellos la refinan y la hacen artística.

El señor Zola sostuvo muy serio, con toda la petulancia de su ignorancia de literaturas extranjeras, esta peregrina teoría. Y yo me he encontrado con un amigo mío y paisano del señor Zola que se sorprendió de que prefiera yo «Las mocedes del Cid», de Guillén de Castro, al «Cid» de Corneille, inspirado en aquella obra. Y ¿quién que conozca ese amenísimo y originalísimo libro «picaresco» que se llama «Lavengro» de George Borrow, no recuerda lo que su maestro de francés, aquel cura normando emigrado en Londres, le dijo respecto á «monsieur» Dante y á Boileau?

Yo sé que dirán algunos que á fuer de buen español saco la oreja del misogalismo ó francofobia; pero esto no es verdad. Pocos deberán más que yo á esa literatura francesa, verdaderamente educadora, y confieso que en ella he aprendido mucho; pero ni de sus juicios respecto á otros pueblos hago gran caso porque son poco capaces de penetrar en espíritus distintos del suyo, ni he querido nunca someterme á su estética, que es la que tiene más echada á perder nuestra literatura. En España, por regla general, lo que es de imitación inglesa ó italiana, resulta más español, más propio y, por lo tanto, más hermoso que lo de imitación francesa. Esta es la verdad.

Y ahí, en América, digan lo que quieran los que á todo trance se empeñan en diferenciar esa literatura de la nuestra, sucede lo mismo. Es más; se podría hacer un estudio—y acaso lo emprenda algún día—demostrativo de que en las incipientes literaturas hispanoamericanas la tendencia españolizante encaja mejor con la índole de esos pueblos que no la otra. Muchos hay que pasan por imitadores de unos y lo son de los otros.

Tema éste vastísimo y que volveré á tener ocasión de tratar.

PROSA ACEITADA

Hace algunos años llegó á mi tierra vasca un fraile agustino, el en un tiempo famoso niño Mortara, que tanto dió que hablar cuando el Papa Pío IX era todavía soberano temporal de los estados pontificios.

Tuvo, en efecto, grandísima resonancia en toda Europa el hecho aquel de que una sirvienta católica de una familia judía, la familia Mortara, hubiese bautizado á un niño á hurtadillas de sus padres, y el que fundándose en este bautismo clandestino se arrancara al niño del poder de sus padres. Y el niño fué educado en la religión católica y luego se hizo fraile, y rodando mundo fué á parar á mi tierra vasca convertido en P. Mortara.

Era un genuino israelita y un israelita italiano, vivo y sagaz, ingenioso y emprendedor. Todavía me acuerdo cuando en el balneario de Cestona recojía dinero para un seminario que su orden—la de canónigos regulares de San Agustín—estaba levantando en Oñate. Cada donante sería dueño de una piedra ó de más, ó de media piedra del edificio, según el donativo, y esa propiedad le

daba derecho á la intención de una misa á cada tanto tiempo.

Otra aptitud tenía de genuino israelita, y era su facilidad para aprender idiomas. Era un verdadero políglota; hablaba una porción de lenguas y predicaba en algunas de ellas. Y en llegando á mi país se propuso hablar vascuence y llegó á conseguirlo, cosa muy hacedera; pues el vascuence, como otro idioma cualquiera, lo sabe el que lo sepa por haberlo aprendido, sea en la cuna, sea después en una cualquiera edad. (Esto, que no es más que una perogrullada, lo digo enderezándolo á algún paisano mío, que por no haber sido el vascuence la lengua que aprendí en la cuna, se figura que no he podido aprenderlo, como en efecto lo aprendí, siendo ya bastante mayor, del mismo modo que he podido aprender otros idiomas no más fáciles.)

En cuanto el padre Mortara sabía algo del idioma del país en que estuviese, lo suficiente para darse á entender en él, se lanzaba á predicar en el tal idioma, diciendo que era el medio de perfeccionarse.

Sí, dicen que para enseñarle á uno á nadar no hay como echarle á un río. Y eso hizo al poco de saber algo de vascuence, y es que se lanzó á predicar en él.

Yo le oí un sermón predicado en vascuence en Guernica, y os digo que se sufría oyendo á aquel hombre intrépido. Porque sus esfuerzos, y esfuerzos enormes, no eran para buscar ideas y pensamientos—éstos eran los vulgares y corrientes en

un sermón católico, y de los más triviales de ellos,—sino que eran para buscar la forma de expresarlos para cazar las voces eusquéricas en qué encerrarlos. Daba apuro el espectáculo de aquella lucha á brazo partido con un idioma que no se domina.

Pues bien, un apuro parecido me sobrecoje cada vez que leo á los jóvenes y más recientes prosistas españoles é hispano-americanos. Su lucha no es por buscar pensamientos claros ú hondos ó brillantes ó sugerentes, sino por buscar una lengua nueva, original y preciosa. No piensan en lo que escriben, sino que piensan en cómo han de escribirlo, y claro está, la cosa les resulta artísticamente detestable.

Sí, artísticamente detestable. Porque no hay nada más deplorable, desde el punto de vista estético, que eso que llaman estilo los estilistas. Por regla general, da sueño.

Sueño y un sueño profundísimo me da la prosa de hamaca de cierto prosista nuestro, cuya preocupación es ayuntar por primera vez dos palabras que antes no se han visto juntas.

Cuando he tenido que aguantar algo de esta prosa aceitada, prosa de ebanistería, me vuelvo á leer Platón ó Benvenuto Cellini en aquellos sus párrafos negligentemente sueltos, llenos de anacolutos ó cabos sueltos, de repeticiones, de construcciones según sentido y no según gramática, me vuelvo á leer esa prosa «hablada», hastiado de la prosa escrita.

Porque, en efecto, aquello parece dictado de

palabra á un escribiente—y á un escribiente taquigrafo no pocas veces—ó escrito al correr de la pluma, sin volver atrás los ojos, olvidando una línea cuando se está en la siguiente, en libre charla. Y es lo único que da la sensación de la vida.

Cuando me dicen de un hombre que habla como un libro, contesto siempre que prefiero los libros que hablan como hombres.

Y este es uno de los encantos que para mí tiene Sarmiento, su prosa, su prosa hablada, y á las veces gritada.

Ya sé que á muchos de esos... ¿les llamaré modernistas? les parecerá una herejía literaria el que trate de presentar á Sarmiento como un prosista, y, sin embargo, así es. Le tengo por un gran prosista, inmensamente superior á todos los que andan tachando de los párrafos asonancias y repeticiones, y buscando discordancias gramaticales, y no digo superior á los que vuelcan el diccionario en sus escritos y hacen un artículo para colocar una palabreja, porque éstos no son prosistas, ni buenos ni malos. Son otra cosa.

Lo que hay es que la buena prosa, quiero decir, la prosa natural y viva, la prosa hablada, hay que saberla leer y la inmensa mayoría de los lectores no saben leer.

No han perdido el tonillo que cojieron en la escuela ni son capaces de leer de modo que uno que no les vea que lo hacen ignore si es que leen ó que dicen.

Diciéndome un día un amigo que ciertos versos—míos, por cierto,—no le sonaban, hube de

replicarle: si los has leído tú mismo, no lo extraño. Cierta música, si ha tardado en entrar en los gustos del público, es porque la cantaban ó la tocaban en un principio cantores y tocadores educados á cantar y tocar otra música. Y así pasa con el verso y con la prosa. Y aquí, en España por lo menos—y supongo sucederá ahí lo mismo—priva un sistema de recitación verdaderamente deplorable.

Es un canturreo que da sueño. Y de ello tienen mucha culpa los actores.

Decíame en cierta ocasión un sujeto que no había entendido bien un artículo mío, y entonces le invité á que leyéndoselo yo, cuando llegase al pasaje ó pasajes oscuros, me lo advirtiera, para procurar yo aclarárselos. Empecé á leer mi artículo, continué leyéndolo y lo terminé sin que el buen señor hubiese chistado, y como al concluir le dijera: «y bien, ¿qué es lo que usted no ha entendido?», me replicó: «No, no; esta vez lo he entendido todo muy bien.» Y entonces yo: «¿sabe usted lo que es esto? Que usted, como tantos otros, no sabe leer.»

Estoy completamente convencido de que si se recojiesen con toda fidelidad taquigráfica los discursos y se publicaran luego, impidiendo que sus autores los corrigiesen, como acostumbra hacer, habrían de parecer á muchos confusos y oscuros párrafos que al ser pronunciados fueron entendidos perfectamente por los oyentes. Y si se hiciese un estudio de sintaxis castellana «hablada», es decir, viva y natural, sobre la base de discursos

así recojidos y de conversaciones tomadas á fonógrafo, se vería cuánto discrepa de la sintaxis preceptiva á que ajustan los estilistas su prosa acceitada.

La prosa de Platón no resiste la crítica de un maestro de escuela ó de un prosista modernista. (Después de leído esto, me ha asaltado por un momento el prurito de cambiar la voz «prosista» por la de «prosador», para evitar así que se sigan dos palabras aconsonantadas; pero luego he desechado la tentación, ateniéndome á mi sistema de ir en lo posible hablando lo que escribo.)

En lo posible, digo, porque la lengua escrita ó literaria—literario deriva de «littera», letra, equivaliendo, por lo tanto, literatura á escritura—es insinúa y mete en la lengua hablada ó conversacional, querámoslo ó no.

Coleridge, en aquella su «Biographia literaria» de la que dice Arturo Symons que es el libro más grande de crítica que hay en inglés y uno de los más aburridos que haya en cualquier idioma, nos dice: «Dudo de si es siquiera posible conservar nuestro estilo enteramente limpio de la viciosa fraseología que se nos cuele de todas partes, desde el sermón al periódico, desde la arenga del legislador al brindis de un banquete. Rechinan nuestras cadenas mientras estamos quejándonos de ellas».

Y así tal vez rechine en esta mi prosa la cadena literaria, mientras me estoy quejando de ella.

Y al hablar de literario y de literatura con un cierto desdén, no vaya á creer el lector que des-

deño la belleza, la hermosura y la poesía, no. Es que son cosas muy diversas y hay excelentes, excelentísimos literatos, tanto en prosa como en verso, y hasta artistas que tienen muy poco ó nada de poetas. Y, en cambio, en no pocas de las más rudas é incorrectas décimas del «Martín Fierro»—para poner un ejemplo de esa tierra—hay mucha más poesía, muchísima más que en tantas composiciones de eso que llaman rima rica y llenas de garambainas artificiosas y de musiquilla de bandolín.

El literatismo, tal es la plaga de la actual literatura española é hispanoamericana, ó si se quiere la literatura, es hoy entre nosotros el verdugo de la poesía. O por otro nombre, eso que con vocablo de origen italiano se llama el «virtuosismo».

El pianista «virtuoso» se presenta al público á ejecutar difíciles «estudios» y los pianistas, buenos y malos y medianos que hay en el público, salen exclamando: ¡qué ejecución! ¡qué dedos! ¡qué artístazo! Y el resto del público se aburre soberanamente al oír prestidigitación en vez de música. Y yo digo: «á estudiar á casa; aquí no se debe venir á darnos estudios ni á mostrarnos la dificultad vencida, sino á recrearnos el ánimo ó á excitarnos.»

Y es lo más curioso que esos señores virtuosos de las letras se entretienen en crear dificultades nada más que para darse luego pisto por haberlas vencido. No son otra cosa las más de las reglas de nuestra preceptiva llamada poética, y las más de las reglas del arte de escribir.

En el fondo de todo esto que nos está pasando no hay sino una completa carencia de ideales, no ya éticos, sino estéticos y aun puramente literarios. Los más están haciendo literatura de literatura, novelas sacadas de otras novelas, dramas extraídos de dramas, lírica que no es sino eco de otras líricas. Y lo que hacen falta son bárbaros.

El ser bárbaro no implica el ser ignorante ni indocto, no. Un bárbaro puede ser doctísimo y hasta sapientísimo. El bárbaro es el que irrumpe en un campo desde otro campo, con otras preocupaciones, con otros prejuicios— ¿pues quién no los tiene? — con otra visión y otro sentimiento de la vida, que aquellos que privan en el campo por él irrumpido. Juan Jacobo Rousseau irrumpió en el campo del derecho y la jurisprudencia como un bárbaro, como un extraño á las ciencias jurídicas y las reanimó con nuevo soplo de vida.

La literatura ha caído entre nosotros casi por completo en manos de profesionales de ella, y las profesiones se hacen en manos de los profesionales terriblemente conservadoras. Lo cual, si bien tiene sus ventajas, tiene muchos más inconvenientes. Ellos imponen ó tratan más bien de imponer una cierta quisicosa que llaman buen gusto y no es más que la consigna de los profesionales agremiados. Porque se agremian.

¡Vaya si se agremian! Aunque luego los veais riñendo unos con otros y mordiéndose y arañándose como mujerzuelas que pelean por unos trapos. Hay dentro del gremio prácticas y doctrinas libres, y en éstas puede cada cual hacer y decir

lo que se le antoje, pero hay principios sagrados é intangibles. Y al que los quebranta se le hace el vacío y se le declara indigno de pertenecer al gremio.

Hay que haber entrado en un cotarro literario para ver todo lo que en él rebosa de vanidad, de tontería y de vulgaridad disfrazada. Dios os libre, lectores, de chocar con un literato, con un genuino y estricto literato, con un profesional de las letras, con un ebanista de prosa barnizada. Será una de las mayores desgracias que pueda sobrevenirnos.

Me explico que Plutarco, en el prólogo á su vida de Pericles, nos diga que ningún joven bien nacido desearía ser Anacreonte, Filetas ó Arquiloco, por mucho que se recreara con sus composiciones.

FIN